

Los tiempos salvajes

Alberto Oriza
Julio 27, de 2020

La curiosidad infantil siempre es algo que a todos los humanos sorprende, los tiempos en la infancia eran totalmente distintos a los actuales, en ese entonces, la televisión iniciaba después de mediodía, la máxima distracción tecnológica que uno podía encontrar en esos lejanos días era la siempre presente radio.

No me perderé en tratar de explicar la emoción que Juan Charrasqueado nos dejaba con el alma en un hilo cuando en medio de una balacera por el amor de la coqueta muchacha que el domador de caballos cortejaba, o bien del terror que despertaba el acecho del



vampiro enemigo de Kalimán que aprovechando que Solín se había dormido se colaba en la habitación donde el héroe meditaba. Esas vivencias de media hora, llena de cortes comerciales, que envolvían a chicos y grandes en aventuras interminables – sobre todo porque, aunque eran a diario, solo había aportación de unos diez minutos a las tramas, el resto era repaso de lo ya acontecido.

Para los que sobrevivimos a esa salvaje juventud, donde el agua de la llave era nuestra hidratación compartida en cualquier calle con los perros de la comunidad; donde los mejores amigos se forjaban después de una pelea resultado de la burla por cualquier acto hoy calificado como bullying; donde el plomo de los juguetes y la higiene alimentaria no conocían el cáncer o los efectos de los pesticidas; donde las bicicletas no requerían casco, y pesaban una tonelada; esa época cuando el mayor placer era la puerta

abierta para salir a jugar con los amigos y regresar cuando el sol ya no permitía ver el balón; es para un muchacho de estos días un mundo tan fantástico como Narnia.

En ese entonces, la educación tenía métodos psicopedagógicos muy distintos, que tal vez son la causa de muchos de los traumas que hoy llenan los bolsillos de terapeutas, psicólogos y psiquiatras, pero que, en nuestros ayeres, eran sustituidos con una chancla, un matamoscas, una vara de pirul o simplemente con una oreja roja e hinchada por la fuerza sobrehumana de un maestro. No se si el pasar una hora sentado en el aire con la espalda pegada a la pared, o con un libro en cada brazo me hicieron mas educado o mejor persona, pero estoy seguro que si me enseñaron a no desafiar a la autoridad.

Ir a visitar al director era todo un evento, era la antesala a el sexto circulo del infierno de Dante, el de la herejía. Si uno salía con vida de esa imponente oficina, ya había que agradecer a Dios, pero normalmente las penas eran tan ligeras como tener que limpiar baños, barrer los gigantescos patios de recreo tras la ola de infames niños dejando tirado todo lo posible; pero en casos extremos, correspondía la pena capital: “La cita a tus padres!

Hoy sonará a algo muy común, que los maestros reciban a los abnegados padres para solicitar el apoyo de refuerzo educativo constructivo en casa, incluso con tono de disculpa del docente, pero en esos tiempos, era como ser llevado a corte marcial. El suplicio iniciaba desde el anuncio en casa, cuando tras el primer impacto, que podía ser tan ligero como un coscorrón, o bien una pequeña paliza, para confesar los pecados que habían llevado a ese citatorio, adicionado con la falta de alimento, el confinamiento obligatorio en la habitación mas pequeña del mundo, y hasta la confiscación de los juguetes, libros o cualquier medio de distracción. Claro está, que ese día la tarea, los deberes familiares e incluso las de los hermanos las realizabas con gran alegría, viendo esto como medio de apaciguar el diluvio de regaños que apenas te veían reiniciaban.

Entrar a la escuela en esas condiciones era un suplicio, sentías como todos los compañeros, aun los de menor grado, te veían como eras conducido al lado de tu padre o madre a el paredón de fusilamiento, y a tu paso un murmullo de comentarios que eran como el rosario de despedida del próximo a morir. Camino interminable desde las cercanías de la escuela, hasta la dirección, donde invariablemente te hacían esperar a que se terminaran los honores o a que las filas de niños engomados fueran dispersados a sus correspondientes aulas, que más bien parecían jaulas. Uno no podía mas que ver con tristeza no ser parte de la fila de compañeros que casi con lagrimas en los ojos te veían con lastima y mirada de adiós.

Curiosamente, la fiera que había torturado tu existir las ultimas dieciocho horas ahora era un cordero, que con gesto atribulado se cuadraba a la formal mirada del director, que, en un estricto protocolo, detallaba con especial énfasis en hacer superlativa la travesura cometida para hacerla ver como la condenación eterna alcanzada, pues en una sola acción, los siete pecados capitales habían sido ejecutados y solo quedaba la pena de acabar con el pecador.

Con los ojos siempre buscando las formas de los zapatos lustrosos aun del aceite de cocina, y sintiendo el efecto del limón que tensaba el peinado, el silencio era la única respuesta que sabias debías presentar. Pues era sabido que el interrogatorio, invariablemente te llevaría a ser culpable, los docentes y padres seguramente tomaban un curso de como hacer preguntas a las que no sabias si contestar que si o que no, pues ambas respuestas eran en tu contra, lastimosamente, la quinta enmienda norteamericana no podía ser esgrimida para defenderse uno mismo.

- ¿Seguramente fuiste tú el que incitó a todos tus compañeros? ¿O no?

- ¿Lanzaste el gis para pegarle al maestro verdad? ¿O me dirás que no fue intencional?

Que hace un niño cuando la respuesta a la pregunta, dos en uno, que le formulan es un Si a una y un No a otra, pero que solo puede usar una a la vez. Esos momentos

de tensión seguramente eran parte de los interrogatorios usados por la Gestapo para condenar a la cámara de gases a más de un pobre judío.

Hoy en día mis hijos ven la suspensión de la escuela como unas vacaciones anticipadas, incluso he descubierto que mi hijo menor ha buscado lo expulsen para tomar un descanso. Pero en ese entonces era realmente una condena.

La casa vacía a las siete de la mañana era ya de por sí un atentado a la paz mental, pues los fantasmas matutinos solo medio escondían, dejando a uno con los pelos de punta a cada paso. El sueño curiosamente se espantaba al oír el último portazo de la Mamá que atendía su trabajo.

La lista interminable de labores era algo de consideración, desde la mortal proeza de eliminar el cuidadoso experimento de lograr incrementar diez centímetros el nivel del suelo con la mezcla de juguetes y ropa tan cuidadosamente esparcida, combinada con algunos trastos que nunca dejaban de ser un caldo de cultivo ya en estado avanzado de pudrición. La montaña a coleccionar aun en los rincones más extraños, que en consideración especial incluían esa gran sartén negra llena de años de cochambre, que esperaban ver mejor que cuando la adquirió la familia, usando la mortal piedra pómez y la fibra de metal. El tendido de la ropa, el barrido sistemático de toda la casa, que invariablemente se complicaba por la voluta de polvo que se negaba escapar de debajo del sillón, pero más que nada, el doloroso silencio que envolvía el espacio familiar era una tortura.

La radio de todas las piezas era encendida, no importaba si era la misma estación, lo importante es que uno sabía que el ruido alejaba a los madrugadores monstruos que acechaban a un descuido para atacarte.

Estaba prohibido terminantemente abrir la puerta, mucho menos salir, pues el castigo de confinamiento era eficientemente supervisado por las chismosas vecinas que estaban siempre a la casa de poder acusarte y hacer peor el castigo, así que solo podías asomarte por la ventana discretamente, detectando a la señora de enfrente también

curioseando escondida entre sus transparente cortinas todo lo que en la calle acontecía. Los tubos siempre alistados, dejaban adivinar su casco extraterrestre bien puesto que tanto la caracterizaba.

No había llegado el mediodía, y uno estaba tan aburrido, espantado y cansado, que se estaba convencido que una buena paliza o una sesión de castigos corporales en la escuela serían mas ligeros que ese suplicio.

Cuando los primeros repatriados por haber cumplido el obligado servicio escolar cruzaban la acera, podías sentir como se santiguaban, pues sabían que no te dejarían salir a jugar, mientras tu ya preparabas la defensa contra tus hermanos, que te torturarían sin parar hasta que el castigo terminara.

Si bien el regocijo del ajetreo casero era una gran ganancia por sentir la presencia de tu gente, también era el inicio de las peleas cotidianas, en las que se tenía desventaja, pues ante un: “Le voy a decir a mi Mamá”, sabías que habías perdido la pelea.

Al poder nuevamente regresar a la escuela, uno entraba como héroe, todos sabían que habías vencido al Cancerbero, que el Hades había sido burlado y que estabas listo para la siguiente travesura.

Que días aquellos, lo cotidiano de la simpleza de la ausencia de electrónicos y el poco espacio de “Derechos Infantiles” forjaron muchas generaciones hoy ya en vías de extinción.

Cancún, 22 de julio del 2020